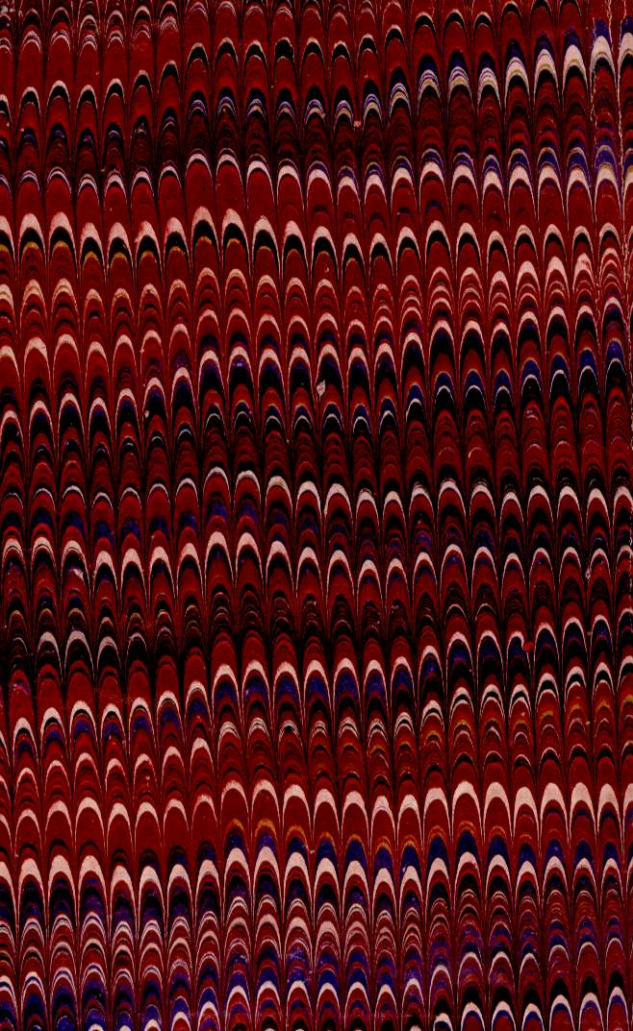
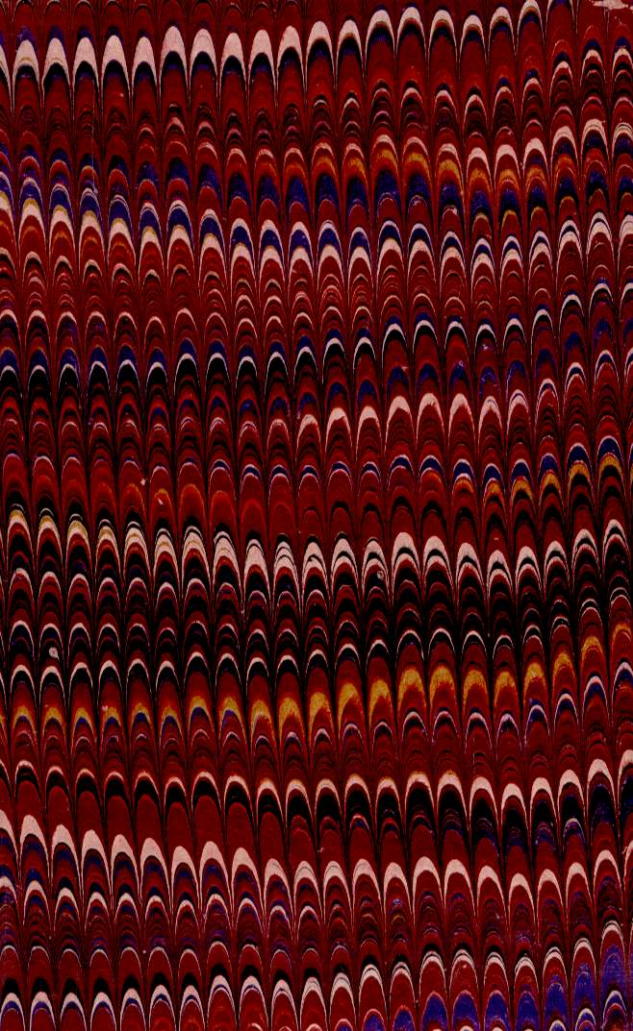






3199

Teatro Volumen I

Francisco Villalpessa 3200

Las Mascaras.

Poema en un acto y
en verso de Menotti
del Picchia.

Arreglo castellano
de

Francisco Villalpessa

Santa Isabel

6 y 7 de Octubre 1928

AYUT.º ALMERIA

F. VILLALPESA

Donación: A. MORENO

Personajes del Poema

Arlequin: un deseo.

Pierrot: un sueño.

Colombina: la mujer.

En cualquier tierra donde
los hombres aman.

En cualquier tiempo en que
los hombres sueñen.

En la Vida.

Acto Único.

La creciente lunar escintila
como una cimitarra. Largos
lirios, como grandes maris
blancas tendidas al luar
bracean en las puntas de
sus astas. Una balaustrada.
Una bandurria. Un Arle-
quin. Un Pierrot. Y sobre
las máscaras y sobre los
lirios, la voluptuosidad de
la noche llena de estre-
mecimientos y de aro-
mas.

Escena Primera.

Arlequin y Pierrot.

Arlequin (como prosiguiendo una rela-
cion)

La señora Duquesa celebraba un sarao.
Salones deslumbrantes de bellezas. Un vaho

de perfumes sutiles, polvos de arroz y cora;
y en todo como un helito nupcial de Primavera.
Un clare, en tono bajo, con su voz casi humana
el madrigal tepia de una antigua pavana.
Bajé al jardín... Olía a heliotropos... Y allí,
como a través de un vago sueño de opio, vi
una bellera rubia...

Pierrot.

Rubia?...

Arlequin

Tanto, Pierrot
como un ramo de espigas o un manojo de Lil!
La contemplé, a la luna. Crespa la cabellera,
la cintura de avispa, tirada a la cadereja;
un clavel en la cinta que el seno le bifurca;
pies de mousmé, pequeños; ojos grandes, de turca.
La boca, donde era la sonrisa una abeja,
transminaba lo mismo que una rosa bermeya.

Pierrot.

Le hablaste?...

Arlequin.

Si!...

3203

Pierrot.

¿Sabor?

Arlequin.

Fugar y vaga!... Era
la de una flor, si acaso hablar la flor perdiera

Pierrot.

Después?

Arlequin.

Quedé perplejo, en la noche estrellada,
dispuesto a osarlo todo y sin osar a nada!
De ella el aire traía, espiritualizado,
en ondas de lujuria un olor de pecado.
Su mirada tenía la atracción envolvente
con que a ramas y aves fascina la serpiente.
Y quedé mudo y triste, deslumbrado en mi empeño
viendo que era real lo que yo juzgaba un sueño.
En torno, resplandecía el jardín... Unas pocas
tulipas color sangre, abiertas como bocas,

con su voz de perfumadas no se que insinuaban,
de perfido que pudoras las orquideas temblaban.
Los lirios señoriales, esbeltas como galgos,
abrian a los cielos cinco dedos burlados
huyendo de la mano floral del calice fino.
Como un violin cantaba sus tintos cristalinos,
y orquestando en el aire sus armonias rotas,
se quebraba en gemidos al desbordarse en notas.
Una mujer!... la noche!... Perplejo vacilaba...
Y la noche atravesada, la mujer fascinada,
te unos pasos al ruido agitase asustada.
me vio...

Pierrot.

¿Y ella que hizo?...

Arlequin.

Lanzó una carcajada!

Pierrot.

¿Por qué?

Arlequin.

¡Quién sabe! Acaso porque encontró en mi alma...

ridículo a Arlequin con truenos de Don Juan!
 Me acerque más a ella: ¡dise a guarde, señora!
 ¡gracias! Pero ¿quién sois? ¡Arlequin que os adora!
 Volaban de sus senos, impregnando el ambiente,
 perfumes de mujer y de nardos de Oriente!
 Sus pupilas ardían bajo su frente breve
 cual dos astros de oro en un cielo de nieve!
 Por no reír, mordió el labio húmedo y blando
 rojo como una herida que estallara sangrando
 se habló de amor...

Pierrot y ella?

Arlequin. Ella quedó callada!

Mi amor lo dijo todo; ella no dijo nada!
 Mas con placer oía la frase que repuntaba
 en amor, siempre creía, la emoción, siempre vivía

Pierrot.
 Y tú ¿qué le dijiste?

Arlequin.

AYUT.º ALMERIA
 F. VILLAESPEA
 Donación: A. MORENO

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!... El ardor
de arrebatarse un beso de sus labios en flor,
el placer y el orgullo de prenderla en mis brazos,
le mirarme en sus ojos y estrechada en mis brazos,
y el delirio diabólico y hasta el éxtasis pleno
de apretar sus senos en flor contra mi seno!
Pierrot (asustado)

¡Asustado demasiado!

Arlequín (cínicamente)

Toda mujer, si es bella,
adora a quien le dice cuanto hay de hermoso en ella!
Ora a todos en la vida, que toda enamorada
al final se arrepiente de aquello a que no ha casado.

Pierrot.

¿Y ella?

Arlequín.

traía el aire entre sus alas preso
un perfume de amor lascivo como un beso,
como si el mundo entero vibrase, ardiente y vivo
en el triunfo imperial de un amor colectivo!

Pierrot. (temblando)

Yella?

3205

Arlequin.

Escuchó temblando toda esta paivón loca
levantose...

Pierrot.

Y después?

Arlequin. (triumfalmente)

Me dió un beso en la boca!

(Un silencio lleno de estremecimien-
tos. Los liros tiembla. Pierrot mu-
ra al creciente. Arlequin da
un paso, ve la bandurra,
la toma entre sus manos ner-
viasas y magras, y tate,
distraidamente, las cuerdas que
gimen.)

Arlequin.

¡Buén instrumento! ¡Cuántas munciales mpor-
en los hondos silencios de sus cuerdas hay paca.

Confidencialmente, a Pierrot)
la mujer! ¡la gitana!; oh, unente, en conciencia,
entre las dos, Pierrot, ninguna diferencia!...
todo es cuestión de dedos, y de temblar un colmo,
a una, cuerdas de acero, y a otra, cuerdas del alma.
(Suavemente, exaltándose)
Oh, beso de mujer!... ¡oh, sintonía loca
que de pronto el amor improvisa en la boca!
Al contacto del labio, donde el placer se acuerda,
sentir otro vibrando, como vibra una cuerda.
A los vagos susurros que se van orquestando
igual que una guitarra ver un cuerpo temblando
desfallecer, oyendo la música que canta
en un gemir de amores que muere en la garganta.
Prender el labio ardiente a un lindo amor en flor,
ir subiendo, subiendo, con despaños ardor,
hasta alcanzar la boca, y oír con ambrosio
el mundo deleznar para escuchar un beso!...
Es un arte de amor! ¡oh, Pierrot fantástico,
la suprema creación de un alma de artista!

¿Comprendes?

Pierrot. (ansioso)

Más; la dama?

Arlequín. (Sugubrementes)

La mujer? En verdad

llevo en aquel beso toda mi vida.

Pierrot

¿dónde está?

Arlequín. (ironicamente místico)

En mis labios! En el supremo ardor

de ese beso que es todo un romance de amor.

(Seducido por la angustia de la
falsedad)

El temor de pedirlos, la gloria de obtenerlos;
el gozo de probarlos y el dolor de perderlos.

¿Que queda en mí de ella? Oh, Pierrot, no lo sé!

Un contacto deshecho y un rumor que se fue...

Algo que en mí la busca sin hallar acomodo.

El placer que se ha ido. En nada que es todo.

El recuerdo!... El pasado!... Un vago anhelo.

Un jardin! une fleur! une mujer!... y un beso!
(Largo silencio lleno de emociones y
de eximios momentos)

Pierrot (con ingenuidad)

Es muy audaz tu historia!

Arlequín

¿Hides decir? En fin,
un Arlequín, Pierrot, es siempre un Arlequín!
Toda historia de amor vale solo, al tener
como punto final un beso de mujer!

Pierrot

Tu, Arlequín, en la ruta de mi vida ilusoria,
como todo Pierrot, también tengo mi historia
vaga, acaso banal, mas triste como un cántico.

Arlequín (sarcástico)

No comprendo un Pierrot que no sea como antiguo
blanco como el marfil, magro y meditabundo,
solo por quejarse ha venido a este mundo!

Pierrot

Arlequín depravado!

Arlequin,

Triste Pierrot zahereno!

Pierrot

Tu amor es la lascivia!

Arlequin

Y tu amor es el ^{en} sueño!

Pierrot

Es tan dulce soñar! La vida, aquí, en la tierra,
tal vez apenas vale por el sueño que encierra!

Espantualizada ver una vida arder
en la tristera de unas pupilas de mujer.

Conservar intangible, como cosa prohibida,
aquella que es resumen de nuestra propia vida.

Así es, Arlequin, mi amor, ¡un triste empeño
que a la mujer le presta la vaguedad de un sueño!

Arlequin.

¿ese amor tan sutil que tus nervios redaman
solo a Pierrots se aplica?

Pierrot

¡A todos los que aman!

A los que enamorados encuentran su delicia
en la intencion tan solo y nunca en la caricia,
aquellos que el cielo mira perpetuamente
en Pierrot en la curva de plata del creciente.
Arlequin (rumbón)

Oh, soñador, tu juzgas que realidades son
todas las fantasmas de tu imaginacion.
Ves, si miras al cielo, desnuda a Colombina
sentada entre los mormos de la luna argentina.
Cuántas veces atornillo contemplas su retrato
en las tortorecenas de los ojos de un gato!
Pierrot.

Esas frases crudes que muerden como dientes,
Arlequin, solo prueban que somos diferentes.
Pero mi alma es buena y su piedad te abona.
A Pierrot no comprendes, y Pierrot te perdona.
Arlequin.

Ven y cuenta tu historia... Sentate en este banco...
Cuenta la, toda entera... "Era un Pierrot muy blanco".
La historia de Pierrot siempre en esto consiste.

(invitándole a narrar)

Era un Pierrot muy blanco...

Pierrot (narrando)

Era un Pierrot muy triste
(Una voz, en la distancia, corta
argumento la narración de
Pierrot)

La Voz

Fue un mero andar y trancas
que a mi corazón prendiese
el primer amor que a mí
abrazarme, me dio un beso,
y después, lento alejarse,
y nunca más lo encontré!
Boncel pálido y delicado
que es blanco y de blanco este
fue el segundo amor que a mí
El rostro me tristemente
y yo lo vi muy triste
y nunca más lo encontré!

Quiso el alma enamorada
aquel beso y la mirada
hallar en un mismo ser!...

Pobre enojado de mujer,
que el mundo corre tras ella
y juntos no puede hallar
la alegría de aquel beso
y el dolor de aquel mirar.

(La voz agoura en ecos,
Pierrot y Arlequin burlan
el oído procurando en
el aire alguna estrofa
mas)

Arlequin

Esa voz!

Pierrot

Ese acento!

Arlequin

Me tiembla el corazón!

Pierrot

Esa voz yo conozco!...

Arlequin.

Yo conozco esa voz!
(Una ráfaga de brisa escaló
fría las plantas)

Pierrot

Escucha...

Arlequin

Escucha...

Pierrot

Oíste?...

Arlequin

Un susurro...

Pierrot

Un lamento...

Arlequin

El viento fue sin duda...

Pierrot

Fue una ilusión del viento

Arlequin.

Pierrot, cuenta tu historia...

Pierrot (continuando)

Una noche divina
como tú, en un jardín, encuentro a Colombina
Blanca como la luna, rubia como un trigo

Arlequin

Era rubia también?

Pierrot

Como la luna... igual!
Baje al jardín, causede la turba cortina
danzaba en los salones...

Arlequin

Una antigua paviana
y notaste, al leer, la cresta cabellera.

Pierrot

La cintura de arropa

Arlequin

La livrada cadens.

Pierrot

manos finas, de lico.

Perrot

Das für mich rechtig ist.

Gerrit (Apendix)

sus puerpales y fatales eran, así las panteras

Soi boco de timblas que la luz se belgian

Pierrot

Senti miedo, al mirarlos! Tuve en un parosismo
la sensación de hallarme al borde de un abismo.
Yo sé porque los ojos de esa extraña criatura
están llenos de horror, y llenos de dolor.
Yo anhela que me enmellamen inquietas.

Arlequín

El fin de los Pierrots!

Pierrot

El fin de los poetas!

Me aproxime hasta ella, vibrante el alma y loca,
el corazón latiendo...

Arlequín

La besaste en la boca.

Pierrot

No! Para que besarla? Para ver, en mi empuje,
en el tedio del labio lo vano de mi sueño?
Beso que se da deja siempre amargos resabios.
Es el beso mejor el que queda en los labios!
Este beso que muere, así, como un gemido.

me la impusiera de darme mi haberlo recibido.

Arlequin

3211

¿Mas, ella?

Pierrot

De deseo suspiró.

Arlequin

¡Ya ves eso!

¡Hubiera preferido que le dieras un beso!
(Un silencio lleno de angustias
vapores. Bajo el luz claro
las almas blancas de los
leños evocan fantasmas,
de emociones muertas,
los espectros de la memo-
ria, parecen dejar
como en una urna in-
vulnerable la verdad ro-
manesca de Pierrot.)

Arlequin (triste)

Es algo melancólica esa historia i-humana.

Pierrot

Es la historia de un mirar toda mi historia.

Arlequín

Y a verla nunca has vuelto?

Pierrot.

Si yo no se si existe!

Arlequín (conteniendo la risa)

Escasa de llorar! Todo eres tan triste!

(tomándole por un brazo, con

fidelidad amante)

Huiste de Pierrot bien necio para darte Colombine!

Aprende, oh mirador! Si el amor te encamusa

a dejar nuevamente, oh, tu, Pierrot, mas solo!

Entre un mirar y un beso, prefiero siempre el beso.

Pierrot (desconsolado)

Arlequín, te doy lástima?

Arlequín.

Tú no me comprendiste!

¿Pero no habes cogido el beso que pediste!

(Una voz se aproxima cantando)

Escena Segunda.
Dichos y Calombuco.
La For.

Quiso el alma enamorada ³
aquel beso y la mirada ¹
hallar en un momento ²
¡Pobre ensueño de mujer,
que el mundo con trasero
y juntos no puede hallar!
La alegría de aquel beso
y el dolor de aquel mirar!
Pierrot (certario de)

Arlequin, ¿has oído que cantiga tan bella?
Arlequin.

Ya decíla esta vez!

Pierrot.

Esta vez era de ella!

(Arlequin está en medio de
la muchacha, y un rayo de
luz ilumina a Pierrot.)

Colombina entre tragecun
do una brurada de flores) se
Colombina (vicuda a Pierrot)
tu? ¿Que haces?

Pierrot

Espero tu aparición divina, ma
pues todo Pierrot siempre espera a Colombina
Colombina

Por la tierra florida, con los ojos en llanto
tú buscabas siempre...

Pierrot

¡Y yo te esperé tanto! tu
Colombina

¿Dónde estabas, Pierrot? En la muerte, angustia
lleno el pecho de suspiros, y el labio de castidad
cada flor decía: - ¡Misma flor, no notes nada
a aquel Pierrot tan blanco?

Pierrot

aquel Pierrot tan triste, tan
Colombina

Y la flor respondía: "Por aquellas colinas
 pasan tantos Pierrots desde un Colombia
 Yo seguía viendo: "Oh, regato risante,
 has visto, por ventura, al Pierrot de mi sueño?
 El regato corriendo y contando decía:
 "Borro, cuento y no veo!" - y cantaba y corría
 Si a los cielos miraba, curvado en el crepúsculo
 de mi Pierrot veía la figura doliente.
 Así yo te he buscado, en las Puertas ajenas,
 Hecho el pedo de evanescente y el laño de contiguo,
 solo por pie, por amor, una noche, en un banco,
 encontré la mirada de un triste Pierrot blanco.

Pierrot

Oh, no! No era un mirar! Ardía en era llama
 todo el ansia interior del pecho por ti amor!
 Nuestro cuerpo es la ruina por un torre corral
 donde suena, en su ceno, un alba enconada
 Mas en el cuerpo es la torre en carne y sangre orgánica
 la mirada es ventana abierta hacia la vida,
 y en la noche de evanescente, llena de niebla y calma

mas como a en ventana de brues muerta alma
Colombina (longue domente,
abraçando a Pierrot)

Mirame así, Pierrot! Nada mas bello existe
que un Pierrot todo blanco y una mirada triste!
Tus ojos son un verso de lindos! Por fortuna
es mi alma una niña. Tus ojos una luna
con cadencias de nieblas. A tu dulce mirar
tengo ansias de dormir, para poder sonar!
Mirame así! Tus ojos despiden donde ojos
son dos labios de luz que me besan los ojos!
Son dos labios azules bajo el cielo azul.

Son dos rayos de sol pronto a agonizar!
Mirame así, Pierrot! Gosa la plenitud
de fecundar con ese mirar mi juventud.
Abierta para ti como una inmensa flor.
Oh, mi amor! ¡oh, mi amor! ¡mi amor!

Pierrot

¡mi único amor!

Colombina y Pierrot abra

se abrase tiernamente. Hay como
un susurro de besos entre
los contornos de labios. Arle-
quien, al verlos, sale de los
trinchales, y en voz firme
llama)

Arlequien.

Colombina!

Colombina (volviendo a su lado)

¿Dime, eres?

Arlequien.

¿Tu alma no la adorna?

Alguien que con Pierrot adora a Colombina,
alguien que en un jardín probó el dulce embalar
de besos, y jamás se olvidó de ese beso!

Colombina.

Te he procurado en vano, y aun te esperaba ansioso.

Arlequien (a Pierrot)

ahora está más muerta!

Pierrot (en estasis)

¡Ahora está' mas, hermanera!
Arlequín (enfatuada a Colombina)
¡Que linda! Elle pupila de mirar no se saca
desposarse en tus formas el Putino con la gracia
tus brazos musculosos curros como perfidias
tienen el gesto lubrico de una estatua de tedia
Entre mujer y niña, con suprema elegancia
encarnas, grande y viva, la flor de las de Francia
Ondula de tu anca un curro que llega
a plasmar todo el cuerpo como un anfora griega,
y tu busto truerfante largo, gentil e hidalgo
tiene cuello de cigne y esbeltos de galgo!
Colombina (Con una voz sornbia
de voluptuosidad)
¡Halla mas, por tu acento calido y perfumado
tiene un sabor lascivo de sangre y de pecado
al veneno que exhales con labios benditos
mi piel se escatifica, mi carne danza gozosa
¡Halla mas, Arlequín! Brindate escucha atento
que despierta mi instinto igual que un tigre
hambriente,

y al rastrear la presa se encapa, en punta
la persigue labrando ruidos de huir y
¡Halla mas, Arlequin! De tal modo que subyugue
a la amada que a un time instante desfallece,
y en el labio exangüe y la mirada en poso,
agoniza en un beso y muere en un espasmo
¡Halla mas, Arlequin! De ese abrazo tan fuerte
que destruye la vida y nos lleva a la muerte;
de esa angustia que aun tiempo supremo goce es
de la gloria de amarse para morir después!...

Pierrot (en un sollozo)

Ay, de mi!...

Colombina (como despertando)

tú, Pierrot?

Pierrot (en un hilo de voz)

Ay, de mi! De mi compaña
de traer a tu vida la ofensa de un muerto
¡Boca cosa, quizás! Un alma ardiente, inquietante
que arrostra por el mundo un corazón feroz
Sin oro que llevarle a Jesús, un Rey Mago

roncando con Belim, atravesó Barago,
toda Siria, el mar muerto; los rojos arenales
de Libia; el aureo Egipto; los valles floridos
de Giséh, y el Ebro, fragoso, caudal e inmenso
solo para ofrecerte unos granos de incienso.
Colombina (con ternura)

¡Pierrot, como te amo!

Obligui (a Colombina)

Yo, ciego de pasión,
con la llave de un beso abrí tu corazón!

Era tu alma como la Belle Adormida.

Yo te besé, y mi beso te despertó a la vida!

Colombina (fascinada)

Como te amo, Obligui!

Pierrot (Desvariado por los celos,
apretándole los pulros, con la voz
estrangulada)

La incertidumbre es
el dolor mas terrible. Aquí a los dos nos ves
Heji entre nosotros. ¡Y benditos los Madrid!

que harán feliz a uno, entre dos desgraciados!

Arlequín.

¿Quiéres, Colombina?

Pierrot.

¿Habla ¿cuntas de mí?

Colombina (volviendo)
Yo, te amo Pierrot... y te adoro, Arlequín!
(volviendo respectivamente a los dos
rivales.)

Arlequín (sonriendo)

¡Qué ridículo, a veces, se muestra la Fortuna!
Una sola ama a dos, y dos aman a una!

Colombina (sonriendo y
tomándose a ambos por la
mano).

¡Ah, no me comprendéis! Escuchadme, por
que mi amor se compone del amor ^{de los} de los dos.
Entre vosotros siempre me voy vacilando.
Es tan dulce tu beso... (a Arlequín)
(a Pierrot) ; ¿es tu sueño tan blando?

Pudiera yo partirme, y encontrara la
dando a Arlequin, mi cuerpo... y a Pierrot ^(calma) dando
cuando tengo Arlequin, a fro en Pierrot ^(el alma)
Si el placer me da uno, el otro me da el ^(un empeño)
En tal duplicidad todo el amor se encuentra!
Uno me habla del cielo, y el otro de la tierra!
Y amo, porque amar es varias. Verdad!
La razón del amor está en su variedad!
Pienso que moriría para siempre el amor
si fuesen uno solo Arlequin y Pierrot!
La historia del amor puede escribirse
Pierrot ^(así!)

un mito de Pierrot...

Arlequin

Y un beso de Arlequin

Fin.

Santa Isabel B-7 Octubre 1928.

Francisco Villaspesa

3217

Sor Mariana

Comedia en un acto
y en prosa de Julio
Dantas

Arreglo castellano
de

Francisco Villaspesa

Porto Alegre 30 Noviembre
1928

James M. Smith

1854

For William

Concord, N. H.

Oct 10th 1854

My dear Sir

I have the pleasure

to acknowledge the

receipt of your

kind letter of the

10th inst.

and in reply to

inform you that

the same has been

Personajes

Sor Mariana.

La abadesa.

Sor Inés,

Sor Simona.

Sor Agustina.

Fray Francisco de San Diego, Obispo de Beja.

Noel Bouton, Conde de Chamilly.

Monjas de velo negro.

La accion en el convento de
la Concepcion de Beja.
Siglo XVIII.

Acto Unico

Sala capitular en el monasterio de la Concepcion, de Beja. Al fondo, en el centro, una gran ventana de celosias, de estilo manuelino, con polletes. Sillares de azulejos del siglo XVI. Pavimento de ladrillo. Dos puertas a la izquierda: la primera, a la que se asciende por una escalera de diez peldaños, de piedra, conduce a los corredores de las celdas; la segunda da a la portería. A la derecha, otras dos puertas: una que lleva al coro y otra que da a una terraza. Bancos capitulares. Sillon abacial, a la derecha, entre las dos puertas, sobre un tapete de arraiolos. Dos tabure

tes de cuero, con ferrajes. Un hacha
de hierro de la altura de un
hombre.

Escena I

Sor Mariana, Sor Inés
y el Bontón.

Cuando se levanta el telón la
obscuridad es completa. Momentos
después, en la puerta de la
izquierda, se ve brujular una luz:
es Sor Mariana que desciende
por la escalera, temerosamen-
te, con una candileja encendida
en la mano. Habito y manto
de terciopelo clarísimo, de estame-
na color ceniza sin rueda; tocas
blancas que desciende hasta los
senos; velo negro; cordón de caña
mo; una vuelta de ~~rosario~~
al cuello. Después, desciende

de un hombre joven, tipo de capitán de caballos, bigote rubio, pequeño, Richelieu; sombrero holandés; cuero de ante, valona blanca, caída; calza bermeja de Berri de Francia espada enorme; cachimba en la boca, capa al brazo: es M^r Bontort, conde de Chamilly y de Saint-Leger. Por último, otra monja surge también, con una candileja encendida en la mano: es Sor Ines de Jesús. Mientras las dos primeras figuras descienden encaminando se hacia la derecha, Sor Ines queda vigilando al fin de la escalera. Chamilly en sus fases y en sus gestos es seco, frío, indiferente. Sor

Mariana fue atraída: la
escena amparada al brazo
del oficial francés, en una ac-
titud de arrobamiento, de
fatiga y de abandono, tiene,
en todas sus palabras y en
todos sus gestos, la expresión
exaltada y ardiente de las
grandes pasiones.

Chamilly.
¡adiós!

Sor Mariana
Espera!... un instante más! De-
jame besar tu boca, Noel!

Chamilly.
Es ya la madrugada...

Sor Mariana
¡Apriétame en tus brazos!
más fuerte! Hasta hacerme
crujir!... Te siento en mi san-

gre, en mi alma.

Chamilly (separándose)
Adios!

Sor Mariana, (dejando
la candelera sobre el sillón
abacial y volviéndose ha-
cia Chamilly)

¿Porque me dejas? ¿Por-
que me dejas? ¿Porque no
te quedas, aquí, en Beza,
en miigo? ¿Porque me
dejas en este monasterio,
en esta soledad, en este in-
fierno?

Chamilly (en un mo-
minto hacia la segunda
puerta de la derecha)

Me obligan a partir. Es la
ley de la guerra.

Sor Mariana (Deteniéndose)

le en sus brazos?
Vas a batirte otra vez?
Mas tú no me habrías
dicho nada... tú a la
guerra otra vez, Noel
mío?

Sor Inés (desde lo alto de
la escalera, apagando la
candileja)

Mariana! Apaga tu luz!
viene gente!

(Sor Mariana se desprende
de los brazos de Chamilly
y corre a apagar la
candileja. La escena queda
en la obscuridad. Apenas por
los celosías de la ventana del
fondo, se adivina la madru-
gada en un vago estremeci-
miento luminoso)

Sor Mariana (en un murmurio)

¡vuel!

Chamilly

¡Déjame!

Sor Mariana

y si te matan, ¿vuel?

Chamilly

Las balas huyen de mí.

Adiós!

Sor Mariana

Valveras? .. dime. Valveras?

Sor Ines (desde lo alto de la escalera, imponiendo silencio)

Es el sacristán menor, que va a tocar la campana para el coro.

(Se siente el son metálico de las llaves por los corre.

AYUT.º ALMERIA 3222
F. VILLAESPESA
Donación: A. MORENO

dores)

Sor Mariana (parado un momento)

Un beso mas!... otro beso solo!

Chamilly

¡Déjame! Es de modorra cada!

Sor Mariana

Solo un beso!

(Durante algunos segundos se recien apenas, en la obscuridad, un murmullo de besos. La campana del monasterio llama a coro)

Sor Ines

¡Gloria de prima! Descienda aprisa, señor de Chamilly!

Sor Mariana

Cuando tu escuadron pase

por el convento mandan tocar
todos los charnes!

Chamilly

3223

Si!

Sor Mariana.

¡Bien alto!... Todos los cha-
rnes!... Para que yo pueda
pasar tu alma, Noel!

Chamilly.

Si!

Sor Mariana (en un grito
cuando Chamilly le huye
de los brazos)

¡Noel!... Noel mío

Chamilly.

Adios!...

Sor Mariana (que tropieza
en un taburete, en la oscuridad,
al querer detener a Chamilly)

¡Noel! Noel

Escena II

Sor Mariana y Sor Ines.

(Sale Chamilly por la puerta que da a la terraza. Tras el Sor Mariana.)

Sor Ines. (Después de un silencio, aproximándose)

¿Descendís ya?

Sor Mariana (cuya voz se oye ya fuera, en la terraza)
¡Noel!

Sor Ines (aproximándose más, después de un nuevo silencio)

¿Descendís ya?

Sor Mariana (con un sollozo)

¡Sí! Ya se fue!

Sor Ines (yendo al encuentro de Sor Mariana)

Mariana! Yo tengo miedo.
 Tiemblo por ti!... por nuestra
 Madre Santa Clara, por las la-
 grimas que lloramos juntas
 en nuestra profesión, ¡no
 recibas mas a ese hombre,
 que te pierdes!...

Sor Mariana
 Perdida ya estoy!

Sor Inés
 Si un día nos sorprenden,
 que va a ver de nosotros?
 Te lo suplico, hermana mía!
 Hábale desde las rejas...
 Yo te acompañaré a las
 rejas, siempre que quieras!
 Mas no recibas mas a ese
 hombre, de noche, en el mo-
 nasterio! Es un hombre ca-
 par de todo... Es un capotán

de caballos, un aventurero
que viene a medrar en
los azares de la guerra.
Sor Mariana

Pertenece a la mejor nobleza de
Francia!

Sor Inés

Ha de ser el primero en prego-
nar tu deshonra!

Sor Mariana

y yo le cubriré de besos!

Sor Inés

Te mentirá, te escarnecerá,
te abandonará!

Sor Mariana

y yo le adoraré cada vez
más!

Sor Inés

Mas tú no sabes que esta pasión
es un sacrilegio?...

Sor Mariana

Nunca amé tanto a Dios!

Sor Inés

Acuérdate de la mortaja de
tu hábito!

Sor Mariana

Nunca me sentí tan viva!

Sor Inés

Piensa, al menos, en la deshon-
ra de tu nombre!

Sor Mariana

Nunca me sentí tan pura!

Sor Inés (llorando)

¡Mariana!... Mariana!...

Sor Mariana (cuya figura

comienza a adivinarse, como
una sombra, en la luz azul
de la madrugada)

¿Por qué lloras, Inés?

Sor Inés.

¡Pido a Dios que te salve, hermanita mía!

¡Torna a oírse la campana, la Comunidad pasa hacia el coro. Los monjes descienden silenciosamente la escalera y atraviesan la escena, dirigiéndose hacia la primera puerta de la derecha. Cada uno trae en la mano una candelilla de hierro, de una luz encendida. Al frente viene la Abadesa, vieja, rugosa, apoyada en un bastón; gran cruz pectoral y anteojos redondos, de cilera, enormes. Al lado de la Abadesa, sigue Sor Agustina, monja de velo blanco. Después, las jerarquías. Es

una procesion lenta de luces
y de sombras.)

3226

Escena III

Dichas, La Abadesa, Sor Agus-
tina, Sor Simona y la
comunidad.

La Abadesa (distinguiendo
en el fondo de la derecha, los
bultos de las dos monjas; le
vantó la candileja, apau-
talla la mano sobre los
ojos para ver mejor; se
destaca de la procesion y
avanza hacia el foro, muer-
tos la comunidad conti-
nuo desfilando en silencio)
¿Quién está ahí?

Sor Trés (avanzando)

Soy yo, señora Abadesa.

La Abadesa.

¿Quién?

Sor Inés.

Sor Inés. ^{de golpe} Iba para el
coro... y se me apagó la
candileja.

(oyere golpear fuera el
pesado aldabon del por-
tal del convento)

La Abadesa.

y la otra monja, ¿quién
es?

Sor Mariana.

Sor Mariana, reverenda
Madre.

La abadesa (a Sor Maria-
na, mientras Sor Inés, en-
ciende su candileja)

También a vuestra caridad
se le apagó la luz?

Sor Mariana.

Qué el viento.

La Abadesa

Si nuestras caridades hubieran
venido en la comunidad
no se les hubieran apagado
las candilejas. Las ovejas
deben ir siempre con su
rebaño. (Las dos monjas
siguen con los religiosos, de
velos negros. Oyesse otra
vez resonar la aldabea
del porton conventual)
Sor Agustina, vea quien
llama, a estas horas.
Sor Simona (monja de velos
blancos, asomandose, aso-
dada, en la ultima
puerta de la izquierda)
Reverenda Madre! Es el
señor Obispo.

Abadesa.

El señor Obispo?... De pñera,
Sor Agustina, la mitra, el gre-
mial, el bacul! (Dando la
candileja a Sor Simona)
Quiero recibir a Su Ilustrisi-
ma en la porteria!

Escena IV

La Abadesa, Sor Simona
y el obispo.

El obispo (Habito de bernar-
do, muela, capa, cruz pecto-
ral de oro, sombrero episcopal,
entrando por la segunda pu-
erta de la izquierda, con una
expresion de preocupacion evidente;
No se moleste Vuestra Reverencia
ya se el camino.

La Abadesa

Dios traiga a Vuestra Señoria

Ilustrísima, la Comunidad
 está en el coro. (A Sor Simona
 que enciende el hadon de incienso)
 Lleve la almohada de damasco.
 Su Ilustrísima nos acompañar-
 á en los oficios divinos.
El Obispo.

No. Espero aquí a' vuestra
 Reverencia. Los oficios de
 prima son cortos. (Después de
 un silencio, durante el cual
 la Abadesa torna a' reu-
 nir la cortileja de monjas
 de Sor Simona) Donde
 queda el terrado desde
 donde se ven las puertas
 de Mestala?

Abadesa (señalando la se-
 gunda puerta de la derecha)
 Allí, Señor Obispo.

El Obispo.

Tiene vuestra Reverencia
la candad de darme su
candileja?

La Abadesa (dándole la
luz al obispo)

Quiere Vuestra Ilustris-
ma que lo acompañe?

(El Obispo desaparece por
la última puerta de la de-
recha. La Abadesa sin com-
prender lo que pasa, le sigue
en sus movimientos. Sor
Agustina surge por la pri-
mera puerta de la derecha,
con la mitra y el báculo,
de cuya empuñadura dorada
pende un pequeño sudario.

Pasado un instante el Obispo re-
gresa, dando la candileja a Sor Simona.

Escena V.

Dichos y Sor Agustina
Obispo (a la Abadesa)

Preciso hablar a solas con
su Reverencia.

Abadesa (a Sor Agustina,
que deja la mitra y el baculo
sobre la silla abacial)

Diga a la Reverenda Madre
Vicaria que no voy al
coro. (al Obispo) Estoy a
los pies de Vuestro Ilustrísimo
(Sor Agustina sale. El Obispo
se sienta en uno de los ta-
buretes de cuero. La Abade-
sa, en el otro. Sor Simona
coloca la candelabro sobre
uno de los proyectos de la
ventana, y sale también.
mientras amanecer. El Obispo

saen de la manga del habito,
un par de guantes de seda, un
reloj de oro, y una caja de ta-
baco de plata sencilla. Tabo-
quea, solemnemente. Despues
le ofrece la cajita a la
Abadesa, que mira a su
alrededor y al no ver ningun
na mojarra, tabaques tam-
bien)

Escena VI

El Obispo y la Abadesa

El Obispo.

Flase ya mas de una hora,
que fueron a despertarme a
mi pobre cama franciscana,
para entregarme una carta.
En esa carta me decian cosas tan
espantosas, que apenas si tuve
tiempo de echarme el habito,

de mandar enganar 3236 las
mulas al coche y arrancar
para aquí. (Vuelve a meter
se en la manga del hábito
el pañuelo y la caja de
rapé. Saca un papel doblado.)
Cuando llegué, aun era noche
cerrada. Para no dejar de
observar las constituciones
y la regla, esperé allí, enfrente
en la explanada de la Feria,
que apuntase la mañana,
y tñese la campana de
los primeros oficios. Fue
entonces, cuando tuve, por
mis propios ojos, la con-
fesion de lo que decía este
papel. Por primera vez, desde
que soy obispo y fraile,
sentí la falta de un par

de pistolas en las alforjas
de mis machos. Señora Aba-
desa, acabo de ver salir
un hombre de este mo-
nasterio!

Abadesa

Un hombre?... Vuestra Il-
lustrísima vio salir un
hombre de...

El Obispo
Del monasterio. Si... Lo
vi en mis propios ojos!

Abadesa

Ahora comprendo porque
me faltan todos los días
gallinas del gallinero. Los
ladrones quieren acabar con
todo, señor Obispo. Es preciso
que Vuestra Ilustrísima es-
criba al señor Gobernador

de la plaza. Mientras no levanten hocas por esas calles de Beja y no ouelquen media docena de ladrones, ^{p.º escorriendo} van a cata hasta con los lechoncillos, pues en esta semana pasada me robaron tres de una cría!

El Obispo.

Tiene razón, Vuestra Reverencia. Tratase de un ladrón. Mas de esta hecha, el ladrón no saltó por la cerca. Descendió por allí, por el muro de la terraza. Venía del convento.

La Abadesa (sin percibir aun) Por allí?

El Obispo.

Vaya Vuestra Reverencia a ver. Ahí está, amarrada a la pilastro, la cuerda por do-

de descendio. Seguí su sombra.
Sentí resonar su espada. Pasó
casi al par de mi coche. Lo co-
noci. No era un ladrón de sus
gallinas, señora Abadesa. Era
un ladrón de la honra de este
monasterio.

Abadesa

¿Mas vuestra Ilustrísima está
cierto de que vio desender un
hombre?

Obispo

antes fueren un lobo y yo
tuviere ^{por un buen garabato} una ~~carabina~~ ^{carabina} en las ma-
nos!

Abadesa (temblando, llena de
aflicción). Señora Santa Clara!

Obispo

No se perturbe Vuestra Reverencia.
Yo hago entera justicia si su celo de

prelada. No olvido que durante el
Abadesado de nuestra Maternidad
esta casa de Dios y de San Fran-
cisco ha sido fiel espejo de abse-
rvancia. Mas, señor Abadesa, si
hubiese siempre buenas ovejas,
no era gran virtud ser pastor.
El hombre que ha entrado esta noche
en el monasterio es un oficial
francés. Se llama Noel Bouton
conde de Chanilly y de Saint
Geger. Hay una monja que
lo recibe en su celda. Es pre-
ciso saber quien es en mon-
ja, y apartarlo de la comuni-
dad.

Abadesa (levantándose)

Sr Simona, mande llamar
a capitulos.

Obispo (conteniéndola)

no! Para que? No lancemos inutilmente
el alboroto y el escandalo en el monas-
tero. Vámonos mas despacio, señora
Abadesa!

Abadesa
Llamaremos a las ^{mas} madres discretas!
Honjaremos a las jefarquias del
Convento!; Meteremos en la carcel
a la oveja leprosa, con los pies en
la abertura del apo! (llamando
tremula de indignacion), ¡Sor
Agustina!

Obispo, (con seriedad)
Silencio. Ese habit es tan digno,
que debemos respetar aun a las
mismas monjas que lo deshonran!

Abadesa
Entonces, como quiere Vuestra Reveren-
cia que se haga justicia?
Obispo.

3233
Con caridad! (con alma) Pre-
cisamos, antes que todo, saber quien
es la monja culpable.

Abadesa

Mandare poner esta noche vigias
y escudias en el monasterio, y
cursare atraparla!

Obispo

Tratamiento. El señor de Chamilly me
hoy de Paja, camino de la Corte.

Abadesa

¿Como lo sabe Vuestra Ilustrissima?

Obispo.

Por el mismo. (Desdoblando el papel que tiene
en la mano) Esta carta es de el. Escrita a
un amigo y perdida en la explanada
del cuartel de caballeria de Boulogne.
El señor de Chamilly parte para Francia.
No me atrevo a leer a Vuestra Reverencia
las palabras en que el se refiere a este sa-

to monasterio.

Abadesa (alarantada, con los anteojos en la nariz) ¡Vergamón Dios, que no encuentro los anteojos!

Obispo.

Cuenta que tuvo tratos amorosos con dos mujeres en Baya. Una moza soltera de la calle del Toro, que cantaba bien a la guitarra, y que le dio un hijo; y la otra, una monja de este real monasterio de la Concepción.

Abadesa.

¡Mi amado monasterio, donde yo viví cuarenta y dos años, convertidos en parador de franceses!

Obispo.

Perdone me Vuestra Reverencia la profundidad de estas palabras!

Abadesa (viendo la corte)

¿No dice el nombre de la monja?

Obispo

No dice el nombre. El señor de Chamilly tiene
aun ese resto de nobleza! - ¡Nuestra Reverencia
no sospecha de alguna de las religiosas?

Abadesa,

No señor Obispo. Unas más que las otras, todas
son virtuosas y reformadas.

Obispo,

Sabe si el señor de Chamilly ha visi-
tado a alguna monja en el ban-
tón de este convento?

Abadesa (llamando)

Sor Simona!; Sor Simona!

Escena VII

Didon y Sor Simona (que se apro-
xima al llamado)

Abadesa,

Ha venido algun oficial francés al
torno o al locutorio?

Sor Simona

oficial francés? no recuerdo, Reverendo
da Madre.

Obispo (a Sor Simona)

Sais la tornera?

Sor Simona:

Gloria de sierva de Vuestra Ilustrissima

Obispo

¿no recuerda que haya venido un oficial
al joven, rubio, calzas bermejas de
berni de Francia, con una cachim
lea en la boca?

Sor Simona

No tengo la menor idea, señor Obispo.

Obispo

Me admira que el no haya venido
a la regia del locutorio.

Abadesa (recordando subitamente)

¡Sor agustina! Sor agustina!

Escena VIII

Dichos y Sor agustina (que aparecen

a la llamada)

Abadesa (a Sor Agustina)

¿Quiénes eran las dos monjas que estaban aquí, con las luces apagadas, cuando la Comunidad pasó hacia el coro?

Obispo.

Aquí?

Sor Agustina

Sor Inés de Jesús y Sor Mariana al cofrado, Reverenda madre.

Obispo.

Estaban aquí dos religiosas cuando su Reverencia pasó hacia el coro?

Abadesa (señalando a la puerta de la terraza) ¿en qué rincón? ¿Acaso sea alguna de ellas!

Obispo.

Junto a la terraza?

Abadesa.

Con las luces apagadas. Cuando yo

venia, al frente de la comunidad,
hacia el coro, distinguí sus dos
sombras delante de mi candileja.
¿Quién vive? pregunté... Respondieron
me una, después la otra... Que iban
a los oficios divinos y que el viento
les había apogado sus candilejas.

Obispo (con estranera)
El viento?.. mande llamar Vuestra
Reverencia a esas dos monjas,
Abadesa (a Sor Agustina que se
curva y sale por la primera puerta
de la derecha). Sor Mariana y
Sor Inés que vengan a la pre-
sencia del Señor Obispo.

Escena IX

Dichos, menos Sor Agustina,
Obispo.

¿Son monjas jóvenes?

Abadesa.

Muy jóvenes y ambas de velo negro.
Obispo

Nuestra Reverencia no les preguntó por
 que no habian bajado en la Comunidad.

Abadesa

No me acuerdo.

Obispo

No sinti cualquier perturbacion en
 alguna de ellas?

Abadesa

Ver tan poco!

Obispo

¿Duermen las dos en la misma celda?

Abadesa

En celdas vecinas.

Obispo

Es preciso recoger ahora mismo
 todos los papeles de esas religiosas!

Abadesa

Por Simona! Vaya a las celdas de

Sor Mariana y de Sor Ines
y traiga todos los papeles que
en encuentre. Registre todo. Los ar-
cones y los catres... (Sale Sor
Simona por la primera puerta
de la izquierda) Aquí vienen
ellas! (Bajal obispo, viendo
aparecer por la primera puerta de
la izquierda a Sor Mariana y a
Sor Ines, seguidas de la Iza Agustina)

Escena X.

El obispo, la Abadesa, Sor Maria
na, Sor Ines y Sor Agustina.

Obispo (en voz baja a la Abadesa, mirando a
las dos monjas, que se curvan, desde lejos, en una
reverencia) Sor Ines ¿de qué?

Abadesa

De Jesús.

Obispo (llamando)

Sor Ines de Jesus! (Sor Ines se acerca y se inclina ligeramente ante el Obispo) Vuestra Reverencia es la monja que acostumbraba a tocar el clave en las comedias del convento.

Sor Ines.

Yo soy, señor Obispo.

Obispo (observandola fijamente)

Ya la habia reconocido. (Haciendo a la otra monja) Sor ^{Mariana} ~~Magdalena~~ Alcoforado. (Sor Mariana, muy palida, avanza hasta Sor Ines, y se inclina ante el Obispo). Es de la familia de los Alcoforados, de Beja?

Sor Mariana

Si, señor Obispo.

Obispo.

tengo idea de que firmé el año pasado una provision dispensandola del re-
fectorio y de las disciplinas de la Comuni-
dad. Vuestra Reverencia estaba, enton-
ces, enferma... ¿Cual es vuestra enfer-

medad?

Sor Mariana

accidentes.

Obispo (observándolo)

accidentes?

Escena XI

Dichos y Sor Simona, (volvien-
do con dos montes de papeles de saltes
y un breviario que entrega a la Abadesa)

Sor Simona, (a la Abadesa)

De Sor Inés... De Sor Mariana...

Obispo

Vuestas Reverencias estaba aquí, hace
poco, cuando la Comunidad paró
para el coro? (Silencio en las dos monjas)
Estaban aquí, no es cierto?

Sor Inés (después de un nuevo silencio, vien-
do que Sor Mariana no responde) Si, señor Obispo.

Obispo

La Comunidad acostumbra a bajar.

a los oficios de prima ~~al momento que~~
toca la campana. (Silencio) No es verdad?

Sor Inés.

Si, señor obispo.

Obispo (Mientras la abadesa examina los papeles) Por consiguiente, vuestras Reverencias ya andaban levantadas, cuando tocó la campana. (Silencio) ¿Que tenían que hacer vuestras Reverencias por el Monasterio, cuando todas las religiosas dormían aun?

Sor Inés (balbuciente)

Íbamos al coro...

Obispo

Solas?... ¿Llevaban las candilejas, como manda la regla?

Sor Inés (en una angustia progresiva)

Si, señor obispo.

Obispo

Encendidas?

Sor Inés

Encendidas!

Obispo

Entonces, porque las apagaron (Sobrina
c) Porque las apagaron?

Sor Inés

Que el viento puen las apaga.

Obispo

Que el viento puen apago' ambas
candilejas?

Sor Inés

Si, señor Obispo.

Obispo

Y porqué no apago' el viento las
candilejas de las otras religiosas que
pasaron despues?

Abadesa (interviniendo)

Si, porque no apago' el viento las candi-
lejas de las otras religiosas que pasaron
despues?

Obispo

Naturalmente; pero solo había
viento en la terraza. Vuestros Re-
verencias fueron a aquella terraza?
(Silencio) Fueron a aquella terraza?

Sor Inés (vacilante)

No, señor Obispo!

Obispo

Noto que es Vuestra Reverencia la
que me responde siempre!; Por
qué?

Sor Mariana

Quiégoles que apague la luz de
mi candelero.

Obispo

Vuestra Reverencia? Entonces
enfue quedamos? Fue Vues-
tra Reverencia o fue el viento?

Sor Inés (advirtiendo el impulso
de Sor Mariana para denunciarse)

la encubre con el cuerpo, agarrándose
disimuladamente la mano en un
movimiento nervioso, y replicando
le en voz baja), Mariana, por las
divinas llagas, no te traicionas!
Abadesa (en voz baja al obispo, obser-
vándole) No hay duda. Es una de ellas!
Obispo (en voz baja a la Abadesa)
Es una de ellas. Mas ¿qué? ¿Qué hay
en los papeles?

Abadesa (En voz queda)
Nada: cuadernos de música y los
breviarios.

Sor Inés (queriendo retirarse).
Tiene algo más que ordenarnos
Vuestra Ilustrísima?

Obispo (deteniéndola)
Un momento. Alguna de Vuestras
Preerencias conoce al oficial fran-
cés Conde de Chamilly y de Saint-

3240

Leger?

Sor Inés,

No, señor Obispo.

Abadesa (dirigiéndose a Sor Mariana que Sor Inés cubre) y Vues-
tra cándida, tampoco lo conoce?

Sor Inés (suplicante, la mano crispada en el hábito de Sor Mariana), Ma-
riana!

Sor Mariana (en una tortura)

Tampoco lo conoce!

Obispo

Pues el señor de Chamilly estaba
esta noche en el convento a la
misma hora en que Vuestras
Reverencias andaban levantadas,
y salió, por su tierra,
al tocar la campana
para la hora journal, pre-
suntamente cuando Vuestras Reveren-

cias estaban aquí. Pesa sobre
la cabeza de ambas algu
mas fue una sospecha; una
certidumbre. Una de vuestras
Reverencias deshonró el ha
bitó que viste... ¿Cual fue de
las dos?

Abadesa.

Voy a encerrarlas a ambas en
la cárcel. (llamando) ¡Madre tornera!

Obispo (conteniendola)

No, aquí hay una inocente!

Sor Inés, (bajo, a' Sor Mariana)

Silencio!

Sor Mariana (en un éxtasis dolo
roso); ¡Que delicia, sufrir por él!

Obispo

Vuestras Reverencias no responden?

(Silencio) Cual de las dos recibí
esta noche, criminalmente, al se-

norte de Chamilly? El mismo lo
dice en esta carta. Hay una monja
en el monasterio de la Concepcion
que lo recibe de noche en su cel-
da.

abadesa (observandola fijamente)
Lea Vuestra Ilustrissima la carta
Obispo

Sean Vuestras Reverencias por
donde anda la honra de uno
de los mas nobles monasterios de
Portugal! (Leyendo la carta,
muy despacio) "Sigo esta ma-
dugada para Alvitás en mi
compañia de caballos. Emba-
co despues para Francia..."

Lor Mariana (en un murmurio
imperceptible) Voil!

Obispo (continuando leyendo y observan-
dolas) Ya siento la falta de Versailles,

del regimiento de Maxarino y
de las mujeres de Paris. Las prota
guerras me fastidian de muerte
Sor Mariana (En un sollozo)

¡Oxel!

abispo (Leyendo)

Depo afui dos, en Beja, Una
monja del Monasterio de la
Compevin, que me recibia
de noche en suelda, y una
mujer de la calle del Corro
que me dió los tres dias un
hijo...

Sor Mariana (En un grito de
dolor) ¡Oxel! Oxel!

Sor Ines, (bajo, gruñendo de temerle)
¡Mariana, que te pierdes!

Sor Mariana (Carrojandose al
abispo y arrancandole la carta de
las manos); No!... Mentira!... Mentira, se

mor Obispo!

Obispo (erguiéndose, con dignidad)
¡Sor Mariana!...

Sor Mariana (Desplomando la carta, con manos convulsas)
¡Mentira! Eso no está escrito aquí!... ¡No fue tu mano quien escribió esto, Noel! (Queriendo leer, con los ojos turbios de lágrimas)
¡Noel! ¿Porque has huido de mí? ¿Porque me engañaste? ¿Porque me mataste tú?... (Saltando y besando la carta) ¡Noel! ¡Noel!...

Obispo (a Sor Mariana)
¿Fue entonces vuestra Reverencia quien recibió en su celda al Señor de Chamilly?

Abadesa
¿Fue vuestra celda?
Sor Inés

¡Manana, por las cinco llagas!
Sor Manana

¡Fui yo!; ¡En tanto a todo el monasterio
que fui yo! Perdida ya estoy! Perdida
de cuerpo y alma!; Perdida porque el
tu huído!; ¡Noel!.. Noel!.. (En una
agonia voluptuosa) Si tu supieras
que bueno es sufrir por ti!.. Har
poder mas mas aun a tu pobre
Manana!.. ¡Noel!.. Noel!.. Oye
mi madre! Madre mia!.. Porque
no me arrojaron a la uclusa
antes? Porque no me ahogaron?
Porque no me estrangularon en
la cuna?; Debieron matar-
me como se hace con las crias
de los mastines que la madre
abandona!.. Todo mejor, que
enterrarme aqui viva!..
Todo antes, que vestir esta mor

taja que me sofoca!... ¡que
meter me en este infierno!
(Oyense los clamores del escudm
de Chamilly, Mariana se arro
ja, como loca, con los brazos er
guidos, hacia la ventana con
celosías del fondo de la celda)
¡Noel!... ¡Mi amor!... ¡Rompe
estas rejas!... ¡Arrancame
de esta prision!... ¡Lleva
me contigo!... ¡Yo quiero
vivir!... (En un grito estriden
te) ¡Noel!... ¡Noel! (Cae
desvanecida sobre el paño
mento de cadillo, con los
brazos abiertos, yjida)

Sor Inés (Lanzándose, en un gri
to sobre el cuerpo de Mariana)
¡Mariana!... ¡Mariana! (Sor
Simona y Sor Agustina se ap

ximon tambien)

Obispo

un accidente!

Sor Inés

¡Mañana! ¡Mañana!

Abadesa (al Obispo)

¿Que ordena Vuestra Ilustrísima?

Obispo (conmovido)

¡Que la traten con amor!

Dios la ha oído... y la ha perdonado!

(Oyense mas cerca los danies.
La mañana explende.)

Ecón rapido

AYUI.º ALMERIA

F. VILLAESPEA

Donación: A. MORENO

1 de Diciembre 1928

Puerto Alegre.

AYUT.^o ALMERIA
F. VILLAESPEA
Donación A. MORENO

3244

Mascara (Alenotti del Picchia)
Sor Mariana (Julia Santos)

(8)

